El Dr. Carlos Sánchez Viamonte, nos refiere algunas impresiones sobre el Perú

La verdadera vida nacional y las fantasías de la imaginación. Las glorias históricas agigantan muchas veces, las realidades contemporáneas

Desde hace unos días se halla nuevamente en Buenos Aires, el Dr. Carlos Sánchez Viamonte, de regreso de una visita al Perú, a cuyo país llevó la representación de la Facultad de Derecho de La Plata, y la de un grupo de universitarios e intelectuales argentinos, para gestionar la reunión de un congreso latino americano, para acentuar más los vínculos de solidaridad social y democrática, entre todos los pueblos que cultivan el credo de la libertad en Sud América.

Algunas primeras referencias de su labor en el Perú, ha transmitido oportunamente el telégrafo, destacando la intensa actividad desplegada por el prestigioso catedrático de la Universidad de La Plata en la consecución de los propósitos de su viaje.

Pero más que el resultado de esa misión, nos interesaba conocer las impresiones del Dr. Sánchez Viamonte, sobre la vida de aquel país que, a través del incienso de Ayacucho, se perfilaba contraria al generoso ideal de la batalla que congregara sobre sus campos la bandera de tres pueblos que rendían la vida, para imponer definitivamente en el continente, la única grande y noble que cabía: la de la libertad inmaculada de los pueblos, salvados del despotismo, para vivir ampliamente en el goce de todos los derechos humanos que surgieron de la emancipación.

Hombre de estudios, versado en todas las derivaciones de la ciencia jurídica y social, como lo ha revelado en su cátedra de Derecho Público, en la Universidad de La Plata; consejero de la Facultad de Derecho de Buenos Aires, no podía escapar a su inteligente observación, el menor contraste entre la realidad y la historia, y su juicio y su palabra debían forzosamente expresar la imparcialidad de lo visto, con sensatez y autoridad imparcialísima.

La vida del Perú, es todavía oscura para la América, y el centenario de Ayacucho, que congregó en la histórica capital, hombres de todas partes del mundo, ilusionado con el aflujo de las tradiciones singulares del pasado, [illegible] de una desoladora realidad.

Era pues interesante apreciar, por labio y boca del autorizado observador, el grado de verdad o fantasía, y recurrimos pues a él, violentando su mesurada modestia, para pedirle una impresión de conjunto, por lo menos de lo que es el Perú en la realidad de nuestros días y no lo que debía ser al reflejo de las glorias con tanto esfuerzo conseguidas. Y, gentilmente, el doctor Sánchez Viamonte se prestó a nuestro reportaje que iniciamos con la siguiente pregunta:

Situación de Chile.

—Enterado de su reciente jira por Chile y Perú desearíamos que nos diera usted, doctor, la impresión de conjunto que ha podido recoger sobre la situación política de ambos países.

—Poco puedo decirle de la situación actual de Chile. Estuve diez y siete días en Santiago y diez en Valparaíso, pero a fines de diciembre y principios de enero, cuando aun no se había producido el último cambio de gobierno. En ese entonces, el Directorio militar presidido por Altamirano se conservaba por milagro en el poder; las gentes estaban desengañadas y poco a poco recobraba sus prestigios la figura de Alessandri, ausente.

Algunas personas autorizadas y sinceras me informaron de una circunstancia que no había trascendido, pero que bastaba para predecir el nuevo cambio revolucionario de gobierno. La revolución de septiembre fué incubada y preparada en dos ambientes distintos, por dos tendencias contradictorias que luego se aunaron produciendo la caída de Alessandri y la erección de la dictadura militar. Ya lo han confesado los oficiales del ejército en su último manifiesto. Al mismo tiempo que los jóvenes militares se proponían auxiliar a Alessandri eliminando las trabas con que la clase conservadora, aristocrática y plutocrática, dificultaba su gestión progresista de reformas institucionales, un grupo dirigente de conservadores conspiraba contra el Presidente combinando su acción sigilosa con la de algunos jefes principales del ejército y de la armada como Altamirano, Gómez Carreño, etc., etc.

Hasta el último momento los oficiales jóvenes se mantenían adictos a Alessandri, en quien tenían depositada toda su confianza, pero las circunstancias favorecieron la hábil maniobra del grupo conservador que fingió por medio de Altamirano, Gómez Carreño, etcétera, hacer causa común con los tenientes y provocando la desavenencia de éstos con el P. E., asumió la dirección del movimiento, huérfano de figuras representativas e influyentes en la opinión pública.

Lo que empezó por ser una simple protesta gremial de los oficiales pidiendo aumento de sueldo y censurando al Poder Legislativo obstruccionista de la obra reformadora presidencial, concluyó por ser una campaña personal contra Alessandri, so pretexto de la corrupción política y administrativa reinante, atribuída a sus colaboradores y partidarios.

C. SANCHEZ VIAMONTE

Las clases sociales.

Durante mi permanencia en Chile, pude observar el rápido desarrollo de la reacción contra la dictadura militar. Los partidos y agrupaciones avanzadas trabajaban activamente y con alguna libertad por la rectificación del error en que incurrieran los oficiales del ejército, quienes a su vez se ponían en contacto directo con el pueblo, recogiendo las sugestiones de éste y preparando la contrarrevolución, que es, a mi ver, la verdadera revolución chilena.

Creo que toda esta agitación patriótica obedece a profundas y complejas causas sociales. Chile como las demás naciones del Pacífico y las mediterráneas de América, ha seguido viviendo después de la Independencia bajo una organización jurídico-social semejante a la Colonia. La diferencia de clases es marcadísima. Todo el poder económico y político ha estado siempre en manos de la aristocracia que no es allí lo que se designa entre nosotros con esa palabra. Un grupo reducido de familias se ha distribuído constantemente el ejercicio del poder, haciendo una verdadera profesión de la política, vedada casi por completo a las otras clases sociales.

La clase aristocrática es francamente solidaria, y no oculta su menosprecio por el "síntico" de la clase media, hasta el punto de ignorar la existencia de los grandes artistas y pensadores nacionales que no pertenecen a la sociedad distinguida.

Se usa allí todavía y con bastante frecuencia la palabra "plebe" para calificar a la sociedad no aristocrática a la que se niega aptitudes y por consecuencia derechos, convencidos como están los aristócratas de haber nacido para mandar y los otros para ser mandados.

El prestigio del presidente Alessandri.

Esto explica que exista en Chile la cuestión social con caracteres netamente definidos y que estén tiradas las líneas de una lucha seria y trascendental. Los conservadores pretenden reducir el problema a la persona de Alessandri a quien detestan, creyendo o simulando creer que el pueblo de Chile, sin la influencia de Alessandri, que consideran francamente demagógica, se habría conservado indefinidamente impermeable a las sugestiones e inquietudes de la vida social contemporánea.

La juventud universitaria se halla toda o casi toda en la extrema izquierda, apoya a Alessandri y se entiende fraternalmente con los militares jóvenes que comparten sus ideas y sus sentimientos. La vuelta de Alessandri al gobierno es un simple episodio de la rectificación revolucionaria. Ahora comenzará la obra y la lucha recia y probablemente dolorosa. Creo que nadie podría predecir con exactitud lo que ocurrirá después, pero es probable que el triunfo del pueblo sobre la oligarquía sea definitiva, aunque ésta cuente con el apoyo del clero que es allí una fuerza de capital importancia.

El Perú: la tiranía.

—¿Y el Perú?

—Eso es otra cosa muy distinta. La situación del Perú carece de complejidad, porque no hay nada más simple que el gobierno personal de un hombre: la tiranía.

Hasta antes de la primera presidencia de Leguía gobernaba el Perú la clase aristocrática, lo que se llamó la oligarquía civilista, cuya ineptitud para la administración de los intereses sociales la demuestran acabadamente las condiciones en que vive el pueblo peruano abandonado a su suerte y sometido a todas las calamidades que resultan de la ignorancia, la superstición, la miseria, la falta de higiene y la indolencia.

La oligarquía civilista preparó el campo a la tiranía que comenzó por ser una obra demagógica con ribetes y veleidades democráticas. La dictadura de Leguía sólo se explica por la mansedumbre rebañera que se alimenta de ignorancia, de hambre y de temor a través de varias generaciones.

En el Perú se conservan las apariencias republicanas. Se simula la división de los poderes, la existencia de municipalidades, etc., pero todo lo que se hace es atribuído a Leguía, sea cual fuere la naturaleza de la obra y la jurisdicción a que pertenezca. Leguía se atribuye públicamente en sus discursos cada obra pública o cada fundación que se lleva a cabo y que él pone buen cuidado en inaugurar personalmente en su carácter de "jefe supremo del Estado" como se le llama y como él se denomina a sí mismo.

Las cámaras legislativas.

Las cámaras legislativas desempeñan una función semejante a la del Senado romano bajo el Imperio. Sus debates constituyen una puja de obsecuencias rivales, un certamen de ditirambos al "superdinámico" Presidente, y en lugar de dictar leyes convierten sus decisiones en rogativas, en oficios al P. E. a fin de que se digne tomar tal o cual medida.

El Perú judicial.

El poder judicial, por supuesto, obedece las órdenes del Presidente. Ante él no prospera, hace ya mucho tiempo, ningún "habeas corpus" y no disimula su servilismo en las grandes ocasiones, reconociendo que los jueces de la República del Perú están siempre de acuerdo con el jefe del Estado como lo titulaba hace pocos días el Presidente de la Suprema Corte de Justicia al agradecer los "benévolos conceptos" emitidos por el presidente con respecto a ese tribunal al celebrarse el centenario de la institución.

El Presidente de la Suprema Corte, doctor Carlos Washburn, terminaba su discurso con este párrafo: "Por ello, nosotros aceptamos con orgullo este homenaje que por conducto de su ilustre primer magistrado hace suyo la Nación toda. Nuestra gratitud, Señor, os acompañará siempre; y al daros las más efusivas gracias, este alto tribunal deja constancia satisfecho de que habéis dado una prueba más de vuestra reconocida sagacidad y de vuestras altas dotes como mandatario que es honra de la República y que con justicia admira la América entera."

El señor Leguía.

Leguía, como todos los tiranos, es glorificado en vida. Acaba de leerse su glorificación hecha impúdicamente por el más alto magistrado de la República, quien revela su calidad intelectual y moral en la afirmación de que el estado tiene jefes y no servidores, y en el empleo de la palabra "mandatario" en el sentido de "mandar" a cambio del verdadero que es "ser mandado". Un barrio de la ciudad se llama Leguía, la más hermosa avenida de Lima y sus alrededores se llama también Leguía y ostentan ambos lugares sendos monumentos del tirano.

Varios centenares de opositores se hallan presos en la isla de San Lorenzo o deportados. Por el simple hecho de mantenerse independientes, sin contacto con el tirano y sus esbirros, los hombres del Perú son deportados sin previo aviso y dando lugar a sus deudos a creerlos muertos. Todas las personas que conservan su dignidad viven en constante zozobra. La tiranía sostiene a costa del Estado una policía secreta que insume más de dos millones y medio de soles por año, pero son más los oficiosos "soplones" que pululan a la pesca de un hecho o de una palabra que demuestre su adhesión, por medio de constantes delaciones.

Un caso personal.

Como la prueba más concluyente de la tiranía peruana puedo citar mi propio caso personal, ocurrido en los primeros días del mes pasado con motivo de una conferencia que di en la Universidad de San Marcos de Lima a solicitud de los estudiantes y en mi carácter de profesor de la Universidad de La Plata y Consejero en la Facultad de Derecho de Buenos Aires.

Llevaba la representación oficial de la Facultad de Derecho de la Plata ante la Universidad de San Marcos y el encargo especial de varios intelectuales y universitarios argentinos de gestionar la reunión de un Congreso latino americano, y elegí como tema de conferencia: "Los problemas de América latina y la nueva generación".

En toda mi exposición, publicada el primero del corriente en el diario "El Argentino" de La Plata, [illegible] vigilado de cerca con toda [illegible] insolencia y hasta provocado por tres o cuatro empleados de policía secreta que constituyeron su cuartel general frente a la puerta de mi residencia.

Dos días después del acto universitario publicó integramente mi conferencia el diario "El Comercio" de Lima y eso dió lugar a un atropello que no tuvo más graves consecuencias que una serie de pequeñas circunstancias que casualmente me favorecieron.

Cómo se trata al extranjero.

Los "soplones" de Leguía me habían buscado infructuosamente durante la tarde del día 6 de febrero y resolvieron esperarme a la puerta del hotel de Miraflores en donde yo residía. Acompañado de mi esposa llegué al hotel a las nueve de la noche para comer y allí estaban frente a la puerta de mis habitaciones tres de los espías que me habían perseguido y molestado durante los días anteriores.

A causa de la escasa iluminación del lugar, probablemente, los espías vacilaron cuando pasé a su lado por falta de seguridad en el reconocimiento, pero antes de que abriera la puerta del chalet que habitaba como pasajero del hotel, me detuvo uno de ellos, pretendiendo llevarme en un automóvil que con ese objeto aguardaba.

La estratagema empleada por la policía secreta me era ya conocida y había recibido advertencias para el caso de que se me invitara a ir con los espías al despacho del ministro o del prefecto. Me resistí, pues, a seguirlos y pude refugiarme en mi habitación de la que no se atrevieron a sacarme por la fuerza.

Disculpas ministeriales.

La intervención del ministro argentino señor Roberto Levillier, llamado por mí esa misma noche, impidió la insistencia en el propósito de detenerme, y probablemente de llevarme a la isla de San Lorenzo, por lo que el ministro de Gobierno simuló que toda aquella persecución y la tentativa de llevarme en el automóvil, no obedecía a otro propósito que el de conversar amablemente en su despacho.

EL RETIRO DEL NUNCIO APOSTOLICO

Revelación de "La Prensa"

En su número del 14 de abril, el diario "La Prensa" publica las siguientes revelaciones sobre el retiro del nuncio; merecen ser meditadas por todos los agentinos.

"Cuando el 18 de enero último se supo en Buenos Aires, por telegramas procedentes de Roma, que el gobierno argentino había hecho saber a la Santa Sede que sus agentes pontificios en nuestro país habían dejado de ser personas gratas, la opinión pública, ya defraudada por el desenlace de las negociaciones del asunto sobre la provisión del arzobispado, juzgó esa actitud del Poder Ejecutivo como una reacción determinada por el deseo de neutralizar con un acto de energía la impresión desfavorable que produjo la aceptación de la renuncia de monseñor De Andrea.

Terminado así el largo y enojoso pleito, en el que se puso en evidencia por una parte la firme voluntad del Vaticano para mantener su determinación y por otra la flojedad del gobierno argentino para defender los principios del patronato nacional, se creyó que el Poder Ejecutivo abandonaría su actitud débil y vacilante y exigiría al Vaticano el inmediato retiro de sus agentes, cuya intervención en ese asunto, lejos de procurar soluciones conciliatorias, las alejó, y cuya permanencia en el país constituía sin lugar a dudas un obstáculo para la buena vinculación con la Santa Sede.

El 18 de enero — como decimos al principio — se conoció la notificación formulada por intermedio de nuestro representante ante el Vaticano y poco después se supo, no sin sorpresa, que este estaba dispuesto a discutir la indicación. Así sucedió, en efecto, y, según se sabe, la situación planteada por el gobierno argentino dió motivo a una larga tramitación, cuyos resultados son conocidos en parte.

La reserva con que la cancillería ha rodeado este asunto no ha sido inconveniente para que trasciendan algunos pormenores de esa tramitación, de los cuales, si algunos revisten especial importancia, todos revelan que la debilidad del gobierno en esta ocasión ha corrido parejas con la falta de energía que demostró desde la iniciación del pleito del arzobispado.

La notificación formulada a la Santa Sede expresaba que el nuncio y su secretario habían dejado de ser personas gratas y que el gobierno argentino esperaba que serían retirados a la "brevedad posible". No se fijaba plazo para el retiro; pero al solicitar que se hiciera a la "brevedad posible", se indicaba lógicamente un término prudencial.

Pero, como decimos más arriba, la Santa Sede, antes de acceder lisa y llanamente al retiro de sus agentes, como correspondía en virtud de precedentes invariables en las prácticas diplomáticas, prefirió discutir la oportunidad del retiro, y sobre la procedencia argentina de la noticia relativa a la determinación de nuestro gobierno.

Se sabe que esto dió motivo a un abundante cambio de telegramas, en los cuales la cancillería insistía en que la noticia había sido propalada en Roma por medio de una agencia oficiosa de la Santa Sede, mientras la secretaría de Estado del Vaticano afirmaba que la indiscreción era de la cancillería y que había dado motivo a que se difamase al nuncio y a su secretario. Esto último se hacía valer como una razón para no acceder, al menos inmediatamente, al retiro de los representantes no gratos.

Alrededor de esta incidencia de menor cuantía, se discutió más de lo necesario, evidenciándose que con ello el Vaticano no buscaba sino prolongar el asunto, para presentar el retiro de sus agentes como un acto voluntario y no como la consecuencia de la notificación argentina. Se ha sabido ahora que en cierto momento las tramitaciones entraron en un terreno de intransigencia y que el Ministerio de Relaciones Exteriores ordenó al representante ante el Vaticano la presentación de una nota enérgica emplazando a éste a retirar al nuncio y a su secretario. A estar a informes del mejor origen, el señor García Mansilla se negó a cumplir esa orden, por entender que dificultaría la solución amistosa del asunto, y ofreció la renuncia de su cargo. La exigencia perentoria no fué formulada y el señor García Mansilla, continuó en su puesto.

Como la solución del asunto se prolongaba demasiado y como el Vaticano no se manifestaba dispuesto a cumplir la exigencia del gobierno, posteriormente, en una conferencia entre los ministros del Interior y Relaciones Exteriores y el Presidente de la República, se resolvió entregar a los agentes pontificios los pasaportes, y hasta se redactó la nota de estilo. Sin embargo, al día siguiente se cambió de actitud, y desde entonces no se pensó más en tal medida. No fueron ajenas a este paso hacia atrás algunas noticias llegadas de Roma y sobre todo la intervención de influencias extrañas, que en más de una oportunidad determinaron en este asunto y en el del arzobispado cambios de actitudes de los funcionarios en menoscabo del respeto y de la seriedad de la Nación.

Las tramitaciones continuaron mientras tanto y sólo fueron interrumpidas cuando el gobierno supo por el órgano de su representante ante la Santa Sede que ésta se hallaba dispuesta a retirar al nuncio y a su secretario. En estas gestiones transcurrieron más de dos meses, hasta que, por fin, a mediados de marzo último, la cancillería fué informada oficialmente por nota suscripta por monseñor Beda Cárdinale de que el secretario de la nunciatura apostólica en Buenos Aires, monseñor Silvani, había sido destinado a Caracas y que el 22 del mismo mes se ausentaría con ese destino.

Así sucedió, en efecto; pero no obstante el alejamiento del secretario auditor, la cuestión planteada no puede darse por terminada, ya que aún permanece en su puesto el nuncio apostólico.

Respecto a los propósitos de la Santa Sede nada se sabe oficialmente aun cuando el ministro ante el Vaticano ha asegurado en comunicaciones enviadas a la cancillería que de sus conversaciones con el cardenal Gasparri se deduce que de un momento a otro será retirado. Esto lo afirman también noticias telegráficas llegadas de Roma en los últimos días, añadiéndose que monseñor Beda Cardinale se alejará de nuestro país cuando se encuentre en Buenos Aires su sustituto, monseñor Levame. Pero lo que hay de cierto en todo esto es que hasta la fecha no ha producido el Vaticano ningún acto formal que permita a la cancillería argentina tener la absoluta seguridad de que su exigencia será respetada. Ignora en consecuencia cuándo terminará esta situación que se prolonga demasiado.

Mientras tanto, el Ministro de Relaciones Exteriores insiste en afirmar que las relaciones entre el gobierno y el representante apostólico han quedado de hecho suspendidas y que, para aquél, éste no es más que un simple ciudadano extranjero. Esto no obsta sin embargo, para que como decano del cuerpo diplomático se le invite, a pesar de no ser grato, a las ceremonias oficiales, como aconteció hace muy poco tiempo, con motivo de la recepción ofrecida en la Casa de Gobierno por el primer magistrado en honor del presidente Alessandri.

Por los antecedentes recordados se comprende cuál es el verdadero estado de este enojoso asunto, y cuál ha sido la actuación del gobierno argentino en el mismo.

Cerca de tres meses han trascurrido desde que solicitó el retiro de los agentes pontificios, y hasta la fecha, después de cambios de notas, telegramas y demás tramitaciones innecesarias seguido el alejamiento de uno de ellos, ignorando cuándo será retirado el otro.

Mientras tanto el presidente de la República y su Ministro de Relaciones Exteriores ven pasar los días y los meses sin que éstas cuestiones se resuelvan, cuando estarían liquidadas con las medidas de sencilla energía que reclaman los hechos y exige la opinión pública, y que aquéllos aparecen como inhábiles de ejecutar por su propio respeto y por el que deben a la nación."

"Un viaje al Brasil"

por Pablo O. Vélez

El señor Pablo Oliva Vélez fué al Brasil con el propósito de dar algunas conferencias, que le valieron justos aplausos. La más interesante de ellas fué la que dió en Río de Janeiro el 16 de septiembre del año pasado, bajo los auspicios del Exmo. Conselho Municipal do Districto Federal y presidida por el embajador de la República Argentina. Trató en ella de los servicios municipales de previsión y asistencia social en Buenos Aires, y se esforzó con sentido profundamente patriótico en poner de manifiesto la plausible labor de nuestra Asistencia Pública.

Esta visita al Brasil resultó grata para el señor Oliva Vélez e hizo nacer en él la idea de publicar un libro que contuviese las impresiones por él recibidas y sirviera para dar a sus recuerdos positiva permanencia.

Y publicó su libro, en que nos habla de Río de Janeiro y San Pablo; libro en el que abundan las descripciones interesantes, animadas por ilustraciones precisas que nos dan idea clara de las bellezas naturales que existen en el Brasil y de los artísticos monumentos y grandes edificios.

La prosa del señor Oliva Vélez es fácil y flúida, lo que hace ligera la lectura de su obrita.

A continuación de sus impresiones y recuerdos inserta el señor Oliva la conferencia a que nos referimos antes, que contiene datos muy precisos sobre la intensa labor de la Asistencia Pública.

FRAY MOCHO (José S. Alvarez)
Memorias de un Vigilante - Un viaje al país de los Matreros
$ 1.- en todas las librerías

CARLOS O. BUNGE
NUESTRA AMÉRICA -- LA EDUCACIÓN (3 TOMOS)
$ 2.- en todas las librerías

Notas sobre PAUL GROUSSAC

por Roberto F. Giusti

Entre los muchos rasgos simpáticos de la inteligencia argentina, cuento, el respeto con que han sido considerados Paul Groussac y su obra por las generaciones contemporáneas suyas, que no han sido poca, aunque mi cómputo no sea el de los muchachos de algunas revistas novísimas, para quienes generaciones y promociones escolares de fin de curso parecen ser una misma cosa. No es para menos que destaque ese rasgo. Dicho respeto, que está formado a la vez de admiración intelectual y estimación moral, y al que se mezcla cierta sorpresa por el caso no común entre nosotros de un hombre que dice lo que piensa, prueba en favor nuestro que somos capaces de apreciar en otros cualidades y aptitudes que nos faltan, mejor aún, cualidades y aptitudes que, si no todas envidiables, son muchas de ellas una viviente censura de nuestro carácter y nuestra labor.

Carácter y labor. Veámoslo por separado. Antes el carácter.

Nosotros por costumbre somos blandos, condescendientes, indulgentes; a indisponernos con el colega preferimos entrarle en gracia, lo cual es cuerdo y cómodo; sólo nos decidimos a atacar cuando nos hieren el amor propio o el interés, y en cuanto esperamos una retribución del favor, concedemos, alabamos, ensalzamos, sin tasar el elogio, ya que cuesta tan poco, aunque por lo mismo poco vale. Quienes han seguido la producción crítica de Groussac saben que ni es su virtud la indulgencia ni su defecto la lisonja. Si por algo peca, es por descontentadizo y áspero. No tiene lo que suele decirse un genio apacible y conciliador. Flechas, no ha ahorrado con nadie, cuando la ocasión y el motivo se presentaron, y, a veces, sin que éstos propiamente se presentasen, así, por lujo polémico; y en su aljaba no faltan las emponzoñadas y mortales. Aun sus caricias son terribles, porque en ellas se le van las uñas afiladas. Algunos de los retratados al agua fuerte (aquí la metáfora cobra valor) en los medallones de *La Biblioteca*, recordarán estas caricias. Los afeitaba a contrapelo. ¡Qué no pagarían por despegarse el sambenito de una frace cáustica que entonces les metió en la espalda "con muchísimo respeto"! Porque en materia de frases, de *bons mots, de pointes*, Groussac es indiscutible maestro, como francés de cepa génuina. Ni tampoco desdeña como tal, el *calembour*, que deslizándose hacia el retruécano y el juego conceptista del vocablo, lo hermana por ese lado con los equivoquistas españoles. Su ardor bélico prefiere los grandes a los pequeños, y entre aquéllos a los mayores. ¡Cómo nos regocijábamos malignamente en nuestra juventud leyendo las sabrosas notas puestas al pie de su *Liniers*, cuando se publicaba en *La Biblioteca*! Algunas contra Mitre desaparecieron en la edición de 1907, tan atrevidas debían parecerle al propio Groussac [illegible] por el que diría o [illegible] de los grandes diarios. Groussac supo inteligentemente explicar las supresiones reconociendo lo que había de yerro en el exceso. Dijo en el prefacio: "He suprimido, sí, de mi réplica, — y por cierto sin esfuerzo alguno, — unas cuantas irreverencias inútiles que traían en sí mismas su castigo, pues hoy me aparecen como otras tantas faltas de elegancia, apenas explicables, en quien aspiró siempre el buen gusto literario, por el apasionamiento del debate".

A pesar de estos arrepentimientos insólitos y vacilantes en la larga vida del pecador, lo prudente, piensan los que ya escarmentaron en cabeza propia o ajena, es desconfiar de él. Su último libro, *Crítica Literaria*, lo avisa desde el prefacio. Dígalo Ricardo Rojas. Ya puede imaginarse el benévolo lector, preparando desde ahora el paladar, el sobresalto con que algunos escritores estarán aguardando la segunda serie de *Crítica Literaria*, la cual, según el autor nos anuncia, contendrá una reseña de la evolución espiritual argentina de 1870 hasta nuestros días, — máxime, cuando agrega fríamente: "...Será sin duda un lugar más apropiado para dicho vistazo a las personas y cosas del país, contempladas desde mi retiro y al través del prisma poco optimista de la vejez".

Este no es ciertamente el procedimiento más recomendable para ganarse la simpatía de los colegas, lo que Groussac no parece lamentar gran cosa; pero conviene pensar que el hombre, por lo menos, en cuanto animal de pluma, o literario, se complace siempre con las desgracias del prójimo, y que si los heridos fueron muchos, más han sido los espectadores; entre los cuales estaban los propios heridos de la víspera. Y las nuevas generaciones, ¿cómo no habían de alegrarse de este derrumbamiento de ídolos y fetiches? Esta es la explicación, diré, pesimista, del prestigio de Groussac; pero hay otra, optimista, que no la contradice, antes bien, la complementa.

¿Qué mueve al ilustre escritor a tanta severidad? Su mal humor, su acrimonia, dice el simplista. Es un envidioso, gritan los ofendidos, un bilioso, un "ensenchado". Yo no niego que el hígado pueda tener algo que ver en estos achaques; pero como algo sé de ellos porque los he padecido aun en el tiempo en que tenía el hígado muy sano no me satisface enteramente el diagnóstico. El es, a todas luces, insuficiente. Nace esa severidad, también de un vivo sentimiento de justicia, expresado con gran franqueza. Una inteligencia crítica como la de Groussac no ve un solo aspecto de las cosas ni todo de un color; no se le escapan los accidentes, los detalles, los matices, el claroscuro. Ahora bien, cuando se debe emitir un juicio, ¿es justo callarlos, así se trate de un amigo? La cordialidad, la piedad, en ciertos casos aconsejan que sí; pero la necesidad congénita de ser justos y verdaderos, de dar a cada cual lo suyo sin mentirle cualidades inexistentes ni disimularle defectos reales, obliga a decir todo, lo bueno y lo malo. De esta suerte, el crítico puede aparecer hasta maligno a los ojos de la gente; mas generalmente esta apreciación superficial es errónea. La severidad, concluyo, no es hija de la dureza del corazón, sino de la equidad de la inteligencia y del amor a la verdad. En ocasiones la facultad censoria — de algún modo debo llamarla — concluye por pesar demasiado en la balanza, y el juicio que en substancia debió ser favorable, y que acaso lo es para el autor, resulta una requisitoria. Entonces el crítico me recuerda a mi querido y cultísimo maestro Francisco Capello, que fué mi profesor de griego en la Facultad, cuando, hablando de alguien, concluía inocentemente a manera de resumen: "Es un idiota, pero en el fondo es una buena persona".

Dicho procedimiento puede ser estudiado en sus anteriores libros lo mismo que en este volumen de *Crítica Literaria*, sobre todo en los estudios sobre *Cervantes y el Quijote* y *La gloria de Dante*, donde la admiración ante las mismas obras inmortales, largamente explicada, limitada, dosificada, regateada, excusada, es algo muy diverso del pasmo de quien abre la boca abismado. Le gusta hacer de abogado del diablo, como, en los procesos de canonización. En lo cual hay también, sin duda, cierta natural resistencia del aristócrata a la admiración fácil y boba de las muchedumbres. El repudia "la vulgaridad de los homenajes que transportan a los *templa serena* de la sabiduría las exhibiciones tumultuarias de la plaza pública"; sin embargo antes ha afirmado y debemos creerle, pues no ha de ser todo aprobación dicha entre dientes: "Sí, levantemos altares al genio que levanta las almas".

Confirma para mí todo lo dicho el hecho patente de que Groussac admira a los escritores franceses con menos restricciones que a los extranjeros, y entre aquéllos, a los que posiblemente fueron caros a su juventud. Ahí el corazón se sobrepone a la inteligencia crítica y descontentadiza, sin que, por cierto, llegue a enceguecerla.

Groussac, a pesar de haber recorrido la república desde su juventud, a lomo de mula o en carreta, es francés hasta la médula: francés su tipo físico, francés su *esprit*, francesa su inteligencia clara, analítica, razonadora, francesa su lengua, por el espíritu y el giro (hasta en su afición a los gerundios, no siempre usados con castiza propiedad), franceses sus mismos defectos. El es *Paul*, no Pablo. ¿Quién definió al francés, un hombre que no sabe geografía? El francés típico no se avergüenza de ignorar lo que pasa en tierras extrañas. Leed a un crítico italiano o español; bajo su pluma los nombres de Milton y Camoens, Schiller y Voltaire, Heine y Musset, Balzac y Tolstoi, andarán mezclados con los del Tasso, Garcilaso, Maquiavelo, Calderón, Leopardi, Espronceda, Verga, Galdós, los propios con los ajenos; leed a un crítico francés: no es corriente que cite al escritor extranjero. Racine, Corneille, Molière, Boileau, Rousseau, Chénier, Hugo, Taine, mil más, grandes y pequeños, sí; pero sólo como a regañadientes (es claro que hablo en general, sin considerar las valiosas excepciones) estampa el nombre de algún grande de otra lengua: Dante o Shakespeare, Cervantes o Goethe. Me parece recordar, sin que pueda en este momento certificar la cita, que Lemaître jactóse cierta vez de no haber leído a Shakespeare; ¿y no fué el propio Lemaître quien afirmó que Ibsen no era otra cosa que un Jorge Sand del norte? No es éste el caso de Groussac, hombre de rica y varia cultura (a quien, diré de paso, la historia literaria española, y particularmente la medioeval, deben valiosas contribuciones; conjeturas ingeniosas, hallazgos importantes, esclarecimientos e ilustraciones notables) ni podría yo decirlo de un libro donde se contienen estudios especiales sobre Cervantes, Dante y Shakespeare; no obstante, su sentimiento de francés se manifiesta, sin que él mismo lo advierta, en el tono con que trata a los grandes de afuera (de afuera de su patria natural e ideal). Para los franceses hay más largueza en el elogio. Compárese el juicio reticente que le merece Manzoni con el que emite sobre los mayores románticos franceses.

Esa parcialidad fué lo que menos le perdonó Menéndez y Pelayo en su famosa y no perdonada posdata. Tal vez ese mismo sentimiento sea parte en la severidad con que ha tratado las letras y los literatos argentinos. Siempre nos ha medido un poco de arriba abajo, altivamente, cuando no con desprecio, como francés en ínsula de "criollos". No digo que haya hecho mal ni que no nos conviniera. Hay en nuestra literatura cierta mulatería y no es malo que un hombre blanco, de cultura humanística, venga a señalárnoslo. Lo que en rigor no significa que él no quiera al país donde vive desde hace más de medio siglo. Aquí formó su hogar, aquí están sus afectos familiares, aquí nunca faltáronle altísimas protecciones, cordiales e ilustres amistades, la consideración de todos, cargos y honores; en el país ha trabajado, escrito, labrado su reputación; al país ha servido patrióticamente. Pero conociendo como el que más su historia y geografía, no se ha identificado ni mucho menos con su alma. Ha mantenido las distancias. Precisamente, por ello, ya desde muchos años atrás los hijos del país sintieron en esto la superioridad del francés y acataron sus juicios. Nótese también cómo los protectores y mejores amigos de su mocedad fueron los espíritus más abiertos a la influencia europea. Avellaneda, Pellegrini, Cané, otros más de cultura semejante. Es de suponer que en Francia, en un terreno infinitamente más abonado que el nuestro para la germinación del talento, la obra de Groussac habría adquirido una trascendencia y amplitud que, considerada desde el punto de vista de la universalidad, ahora no tiene, por referirse casi toda ella a hechos, hombres, ideas, sentimientos argentinos; pero también es cierto que allá a su producción crítica, si le conservamos en hipótesis el carácter y la amplitud que él le ha dado, habríale faltado la resonancia que aquí tuvo por defecto de otras voces tan autorizadas o tan valientes como la suya. Aquí en cierto orden de cosas fué el primero y fué el único.

Allá arriba se me quedó un cabo suelto que voy a recoger. Hablé antes de cómo su severidad se atenúa en presencia de los recuerdos de la juventud. Es humano que así sea, y es simpático. Léanse sus conferencias sobre el romanticismo, la parte más extensa e importante del libro que comentamos, y se verá cómo se desarruga su ceño ante Musset y Merimée, Agustín Thierry y Berryer, y en general ante todos los románticos, sobre cuyos libros no es dudoso que soñara el adolescente expatriado en América. Por eso esas conferencias son lo más ligero, animado, vivo del libro. Ahí la pluma de Groussac corre más suelta que de costumbre. En otras páginas sus idas y venidas, sus vueltas y revueltas, aunque le acompañemos con placer, concluyen por fatigar. Los años, naturalmente, han acentuado esa indecisión. Sus conferencias sobre Cervantes se le van en puro preámbulo. Quizás tenga cabida en la cadena de estas reflexiones mías, la nota que Groussac pone al pie de su juvenil trabajo sobre Echeverría, publicado por primera vez en este volumen. "Es ocioso advertir —dice— que sobre el fondo de la cuestión mi criterio actual sería mucho menos afirmativo. Pero la juventud no duda de nada; afirma o niega. ¡Dichosa juventud!"

Los años, es sabido, le hacen a uno más cauto, y de Groussac puede decirse que alcanzó temprano la edad de la prudencia. Toda cautela le parece poca al escribir. Afirma, y en seguida limita la afirmación, le rebaja algo de su contenido, la aclara con un paréntesis. Es la suya una prosa sabiamente construída, algo así como una labor de taracea en la cual el epíteto agudo — siempre el más feliz el de intención más satírica —, la frase oportuna, la cita preciosa, rebuscada con fruición y vanidad de bibliófilo curioso, la definición lapidaria, el juego de palabras humorístico, el paréntesis, la nota, la misma entrelínea más interesantes que el propio texto, forman un conjunto armonioso en donde se muestra una gran paciencia, un ingenio travieso, talento y peregrina cultura.

Los modos de razonar en los escritores de ideas son numerosos. Leemos a Lessing, por ejemplo el *Laocoon* (cito, para no salirme de mi terreno, a un crítico): el razonamiento procede ahí como la demostración de un teorema de geometría. No podría decirse lo mismo de Groussac, sin que neguemos por eso que su concepción resulta nítida cuando el cuadro queda concluído, a pesar, o tal vez por lo mismo, de los tintes superpuestos, de los arrepentimientos, de los muchos toques y retoques. El uno cae recto, a plomo, o mejor, desciende seguro como por los travesaños de una escala; el otro, aunque conocedor del camino, marcha lento, circunspecto, mirando a derecha o izquierda, volviendo a veces sobre sus pasos.

* * *

Hablemos ahora de su labor en lengua española. Por su continuidad y riqueza, por su concentración sobre materias ahincadamente estudiadas, por su seriedad, ella le tiene bien ganado el alto título de maestro que le han otorgado los argentinos. He ahí otra concesión que hemos hecho a cualidades y aptitudes rarísimas entre nosotros. En el país de la improvisación, cuando Buenos Aires era todavía la grande aldea, Groussac estudiaba seriamente y no escribía sino después de paciente preparación; entre tantísimo diletante de las letras fué en todo tiempo un profesional; y aquí donde la feria aun hoy se alborota pasmada ante el hombre-orquesta, ensordecedor y sudoroso — trompa, lira, caramillo y guitarra, todos los instrumentos de viento y la batería y el candombe—, Groussac ha tocado un solo instrumento, pero con arte. Sabemos lo que él es. Salvo legítimas distracciones en la novela, en la poesía, en las impresiones de viaje y en el drama (lo último, ya en su vejez) no ha querido ser otra cosa que un crítico y un historiador. Más todavía: siempre combatió el desenfado criollo, la audacia petulante del que todo lo sabe e improvisa, y que acomete temerariamente cualquier empresa, al amparo "de un medio de pereza y de incuria".

"¿Por qué no penetra en los países de habla española esta noción, al parecer tan sencilla y elemental: que la historia, la filosofía y aun esta pobre literatura representan aplicaciones intelectuales tan exigentes por lo menos, aunque no tan lucrativas, como las del abogado o del médico, no siendo lícito entrarse por sus dominios como en campo sin dueño o predio de común?" —preguntaba en 1896 en su primer artículo sobre los *Escritos de Mariano Moreno*, que se reproduce en el presente volumen. Aquella polémica con Norberto Piñero que ninguno de nosotros dejamos de leer apenas llegados a la Universidad, fué ejemplar. En ella probó Groussac satisfactoriamente que era material y moralmente imposible que Moreno fuese el autor del sonado *Plan* que el editor de sus escritos le atribuía; y aunque algunos siguieron dudando (espíritus faltos de clara comprensión y lógica, los llamaré), hallazgos posteriores de Ricardo Levene han confirmado aquella tesis negativa, señalando hasta el nombre del autor del *Plan* apócrifo. Pero Groussac hizo algo más: dió a todos los historiógrafos una lección de método y de probidad y seriedad intelectuales. "Mi intención es buena. Opino que la ligereza, la inconsistencia, el medio saber superficial y parasitario son los peores enemigos del intelecto argentino; y por eso he querido levantar en este primer examen la bandera del estudio meditado y de la crítica imparcial, sin hipocresías ni melindres". Bandera que nunca ha arriado: Flameó en *La Biblioteca* y en los *Anales*; flamea en sus libros. Del mismo carácter es su polémica con otro editor apresurado, el tradicionalista Ricardo Palma, sobre cierta *Descripción del Perú*, por éste atribuída erróneamente al naturalista Tadeo Haenke. Copio de este volumen, donde también figura, el párrafo con que concluye el artículo de Groussac:

"No se me oculta, por otra parte, que el solo esfuerzo de un hombre ha de ser impotente para modificar las tendencias fatales de la raza y las influencias nocivas de la educación. Como el granadero de Waterloo ante las nubes de enemigos que surgían del horizonte, exclamo yo también: *Ils son trops*. Con todo, no desespero de iniciar con mi obra crítica una reacción saludable en el sentido de la seriedad, de la probidad, de la verdad. Poco importaría que el público fuera ignorante y frívolo — al igual que todos los públicos —, si, como lo expresaba en el discurso con que inaugurara, veintidós años ha, el nuevo edificio de esta Biblioteca Nacional, empezara a educarse en esta casa el grupo destinado a servir de guía a la extraviada pero dócil muchedumbre. El problema argentino, y aun sudamericano, es un problema de educación. *Tenianda via!*" (*Crítica Literaria*, págs. 392-393).

Volvemos a encontrar en lo transcrito aquel sentimiento de superioridad que no le abandona en ningún momento ante "los países de habla española" y que ya comenté anteriormente; pero también se lee allí y en numerosas otras páginas de Groussac una honda preocupación por el porvenir de nuestra cultura. Esa preocupación, que es sincero amor de la verdad y del bien, se convierte en indignación contra la superchería, la mentira, la inconsciencia, la estupidez, y mueve su pluma castigadora. También Alberdi y Sarmiento se nos muestran inadaptables, descontentos, envenenados: a tales temperamentos les envenena la sangre la farsa o la tragedia humana. Son las primeras víctimas de su insatisfecho afán de perfección.

Reconozco que temperamentos críticos y descontentadizos como el de Groussac no son generosos y efusivos; pero cuando se aunan con el talento, con la cultura y con la energía, cumplen una función docente utilísima, en mayor grado en países de cultura incipiente como el nuestro. El peligro está en que el maestro se convierta en dómine gruñón; y Groussac no siempre lo ha evitado.

¿Habrá sido vana su predicación? No lo creo. Algunas simientes de ese sentido de la seriedad, de la probidad, de la verdad, los de mi generación las recogimos. No tengo competencia para juzgar en la parte técnica su obra histórica ni para aquilatar el valor de los jóvenes historiógrafos de ahora, cuidadosos de los pormenores, cimiento de toda obra grande; pero aunque éstos se revuelvan algunas veces, airados, virulentos, contra aquél, que no parece reconocerlos como de su casta, a mi juicio de espectador imparcial, de él derivan. Que tengan o no su talento es otro cantar. Eso no se encuentra en cada esquina.

No es Groussac el maestro como yo lo describía en un estudio sobre Rodó, cordial y amigo, hermano mayor que lleva de la mano al menor, y porque confía en él lo apercibe para la empresa por él soñada y no realizada. Huraño y solitario, no ha creído en los jóvenes, no los ha buscado, no los ha estimulado, y éstos se han alejado de él, respetuosamente. Digo mal, no han podido acercársele. Mas reconozcámosle, para honra suya, que eso es más digno que cortejarlos y adularlos. Hacen de él un maestro sus trabajos, ejemplares algunos en su línea, la enseñanza en ellos dispersa y la austeridad e independencia de su vida intelectual. Por estos títulos [illegible] la hora en que la [illegible] jóvenes escritores, si he de juzgar por la encuesta iniciada sobre el punto por el periódico *Martín Fierro*.

Si bien las influencias intelectuales y morales son imponderables, ¿cómo negarse a advertir la presencia espiritual de Groussac en innumerables hechos y movimientos de nuestra vida intelectual? El historiador que desciende con criterio positivo al examen minucioso del documento, sin dejarse alucinar por los ídolos de la tribu o de la plaza; el crítico que se atreve a sonreír de cualquier finchada gloriola y a declarar honradamente su verdad, pese a quien pese; el polemista que busca la frase más mordaz o el argumento más decisivo; el editor que procura la escrupulosa y limpia reproducción de su texto; el escritor que filtra en su cerebro los términos precisos y eficaces de una nota y se esfuerza por expresarse en una prosa lúcida y cargada de intención, éstos y otros muchos, literatos, periodistas, profesores, estudiantes o simples personas de buen gusto, cuando piensan, cuando leen, cuando estudian, cuando investigan, cuando escriben, cuando imprimen, tiene presente a Groussac.

También lo ha tenido, hasta cuando le ahondaba el bisturí con sinceridad cruel, el autor de estas notas.

PAUL GROUSSAC

ROBERTO F. GIUSTI

VIAJEROS INGLESES AL RIO DE LA PLATA
Treinta años de nuestra historia y costumbres, narradas por testigos presenciales desvinculados de la política.

ALEJANDRO GILLESPIE: Buenos Aires y el Interior (1806-1807).
Traducción y prólogo de CARLOS A. ALDAO.
Observaciones reunidas durante una larga residencia, con relación preliminar de la expedición desde Inglaterra hasta el Cabo de Buena Esperanza. — Expedición inglesa al Río de la Plata. — Toma de Buenos Aires. — Liniers. — La reconquista de Buenos Aires por los nativos. — Destierro de los oficiales ingleses a los pueblos del interior. — Impresiones y relatos sobre las costumbres en las campañas. — Sumario retrospectivo de la revolución de Buenos Aires, desde su origen hasta la Independencia. — etc.
1 vol. in-8, de 220 páginas .... $ 2 %

J. y G. P. ROBERTSON: La Argentina en la época de la Revolución.
Traducción y prólogo de CARLOS A. ALDAO.
Política colonial de España. — Las invasiones inglesas. — La Revolución de Mayo. — Las clases sociales y las costumbres en el Río de la Plata. — La sociedad de Montevideo y la de Buenos Aires. — Rechazo de la segunda invasión inglesa. — Caracteres y costumbres de Río Janeiro. — Expedición al Paraguay. — Costumbres en Santa Fe y Corrientes. — Vida y política en el Paraguay. — El tirano Francia. — Historia de las misiones jesuíticas. — El campamento de Artigas. — Sucesos y personajes de la política argentina. — Observaciones generales. — etc.
1 vol. in-8, de 270 páginas .... $ 2 %

SAMUEL HAIGH: Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú (1817).
Traducción y prólogo de CARLOS A. ALDAO
Descripción de Buenos Aires y sus habitantes. Los caballeros. Modas. Gobierno. Población. Corridas de Toros. Riñas de Gallos. Cacerías. Comercio. — Trato personal del autor con San Martín, Belgrano, Monteagudo, O'Higgins y Bolívar. — Viaje por las pampas. Luján. San Luis. Mendoza, temporal en la Cordillera. — Llegada a Santiago de Chile; costumbres y supersticiones; Valparaíso; costumbres comerciales. — Batallas de Cancha Rayada, Maipú y Chacabuco. — Impresiones del Perú y Viaje por el Pacífico hasta Panamá.
1 vol. in-8, de 200 páginas .... $ 2 %

CAPITAN BASILIO HALL: San Martín en el Perú (1820-1822).
Traducción y prólogo de CARLOS A. ALDAO.
Pasaje por el Cabo de Hornos. Impresiones de Chile. Sucesos militares. Costumbres chilenas. Valdivia, Valparaíso, Santiago, Arica, Andes, Ilo, Mollendo. — San Martín en el Perú; juicios sobre su persona y su gobierno. — Viaje al Callao, por Payta. Guayaquil. Isla de Galápagos, Panamá, Acapulco, hasta San Blas de California. Examen del estado de las colonias españolas, antes, durante y después de la Revolución.
1 vol. in-8, de 280 páginas .... $ 2 %

ROBERTO PROCTOR: Viaje por la Cordillera de los Andes (1823-1824).
Traducción y prólogo de CARLOS A. ALDAO.
Arribo a Buenos Aires. — En viaje hacia la cordillera. — La pampa y sus habitantes; costumbres de los gauchos; boleadas de avestruces. — La Sierra de Córdoba, San Luis de la Punta, Mendoza. Acontecimientos civiles y militares. Asuntos económicos. Empresas mineras. — El paso de la cordillera desde Mendoza a Santiago de Chile. — Costumbres y política de Chile. O'Higgins. El terremoto de Valparaíso. — Callao y Lima. — Descripción de las gentes y sus costumbres. — La caída de San Martín. — La reacción de los españoles. — Sucre y Bolívar. — Motín de los regimientos argentinos en el Callao. — Rodil y Torre Tagle. — Fuga del Callao.
1 vol. in-8, de 240 páginas .... $ 2 %

CAPITAN F. B. HEAD: Las Pampas y los Andes (1825-1826).
Traducción y prólogo de CARLOS A. ALDAO.
La ciudad de Buenos Aires. Modo de viajar. La ciudad de San Luis. Minas de oro y lavaderos. Mendoza. Las Pampas, Santa Fe. Los indios de las pampas. La región minera de los Andes argentinos. Santiago, Catamarca, La Rioja. Observaciones sobre el trabajo de minas en Sud América. Reflexiones físicas, morales y políticas.
1 vol. in-8, de 200 páginas .... $ 2 %

CAPITAN ANDREWS: Viaje de Buenos Aires a Potosí y Arica (1825-1826).
Con una introducción de CARLOS A. ALDAO.
El Río de la Plata, Montevideo. Impresiones de Buenos Aires; costumbres sociales. Las costumbres en Córdoba. — La Rioja; las minas de Famatina; los Llanos. — Salidas para Córdoba; las pampas; la vida de los gauchos, negros e indios. — Gobierno de Córdoba; influencia religiosa; las mujeres. — Animales y plantas de la Sierra. — Santiago del Estero. — Impresiones de Tucumán; la sociedad, las grutas, los negocios. — Costumbres y gobierno de Salta. — Humahuaca, Tupiza, Potosí. — Bolívar, Sucre, Alvear. — Tacna, Arica. Arquinbo, Valparaíso, Santiago. — Sucesos políticos internos y guerra contra los españoles.
1 vol. in-8, de 260 páginas .... $ 2 %

J. ANTONIO KING: Veinticuatro años en la Argentina (1817-1841).
Traducción y nota de JUAN HELLER.
Aventuras personales del autor; historia civil y militar del país; situación política antes y durante la dictadura de Rosas. — Las guerras civiles del año veinte; personalidad y actos de los caudillos; López, Ramírez, Artigas, Carrera. — Impresiones de Tucumán, Salta, Tarija. — Vida entre los indios chiriguanos. — Los indios matacos. — La iglesia católica y la superstición popular. — Salta, Tucumán, Santiago, Catamarca. — El general Facundo Quiroga. — Bustos y Paz. — Lavalle y Dorrego. — Rosas; su entrada triunfal a Buenos Aires. — Gobierno de Paz en Córdoba. — Batallas de la Tablada y Oncativo. — Caída de Paz. — Asesinato de Quiroga. — Proceso y ejecución de los Reinafé. — Intervención de Rosas en la Banda Oriental. — Lavalle y Oribe. — Asesinato de los Maza. — Los crímenes de los restauradores. — Etc.
1 vol. in-8, de 200 páginas .... $ 2 %

FLORENTINO AMEGHINO: Doctrinas y Descubrimientos.
Textos revisados y corregidos por ALFREDO J. TORCELLI.
Sumario: Datos biográficos — (Cuatro sinopsis generales de sus doctrinas). Geología, Paleogeografía, Paleontología y Antropología de la República Argentina, en las diversas eras de la evolución terrestre — Paleontología Argentina — Antropogenia: El origen sudamericano del hombre. Los restos fósiles del hombre y de sus precursores en el continente sudamericano — Credo Filosófico. — El universo y sus cuatro infinitos — El infinito tangible: la materia — Materia y movimiento — La materia y la vida — La evolución de las formas vivas — Las funciones psíquicas —, La longevidad futura.
1 vol. in-16, de 266 páginas .... $ 1 %

FLORENTINO AMEGHINO: La antigüedad del Hombre en el Plata.
Texto revisado y corregido por Alfredo J. Torcelli.
Tomo I. — Los indígenas de América, su antigüedad y origen. — Instrumentos de piedra de la provincia de Buenos Aires. Alfarería. Observaciones generales sobre las antigüedades indígenas. Un pueblo de los túmulos. Antigüedades indias de la Banda Oriental. El hombre prehistórico en Patagonia y en el interior de la República. Epoca mesolítica en la provincia de Buenos Aires.
1 vol. in-8, de 350 páginas, con ilustraciones .... $ 2 %
Tomo II. — Formación terciaria. Formación postpampeana. La formación pampeana; hipótesis sobre su origen y sobre el proceso de su formación. Los fósiles. Mamíferos fósiles del terreno pampeano. Cronología paleontológica. El hombre fósil en la Argentina. Su coexistencia con mamíferos extinguidos del pampeano. Época de los grandes lagos. Tiempos pampeanos modernos. El hombre de la época pampeana.
1 vol. in-8, de 310 páginas, con ilustraciones .... $ 2 %

OLEGARIO V. ANDRADE: Poesías completas.
Ordenadas, anotadas y con un prólogo por EVAR MENDEZ.
Sumario: Datos biográficos — Ensayo crítico sobre Andrade — Bibliografía. Pequeños poemas líricos — Fantasías. Los grandes poemas: Prometeo — El Nido de Cóndores — San Martín — Canto a Víctor Hugo — Atlántida. Composiciones patrióticas y conmemorativas — Elegías. Imitaciones y Traducciones. Notas del autor y del prologuista de la presente edición.
1 vol. in-16, de 284 páginas .... $ 1 %

MARIANO MORENO: Escritos Políticos y Económicos.
Ordenados y con un prólogo por NORBERTO PIÑERO.
Sumario: Datos biográficos — Vida, escritos y obras de Mariano Moreno. Escritos jurídicos — Memoria sobre la invasión inglesa de 1806 — Representación de los Hacendados — Artículos de "La Gazeta" —, Prólogo a la traducción del Contrato Social de J. J. Rousseau — Sobre la misión del Congreso convocado en 1810 — Plan de las operaciones que el gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata debe poner en práctica para consolidar la grande obra de nuestra libertad e independencia — Orden del día sobre supresión de los honores del Presidente — Etc.
1 vol. in-8, de 370 páginas .... $ 2 %

JUAN M. GUTIERREZ: Origen y desarrollo de la Enseñanza Pública Superior en Buenos Aires.
Con un estudio biográfico por JUAN BAUTISTA ALBERDI.
Sumario: Datos biográficos — Estudio sobre Juan María Gutiérrez. Advertencia del autor — Fundación del Colegio de San Carlos. Enseñanza del latín, la filosofía, la teología, ética, dibujo y matemáticas durante la época colonial — Colegio de la Unión del Sud y Colegio de Ciencias Morales — Erección de la Universidad de Buenos Aires y documentos respectivos — Estudios de física experimental, ... jurídicos, de economía política, de medicina y cirugía — Catálogo de los libros didácticos publicados o escritos en Buenos Aires de 1790 a 1867 — Cronología y datos biográficos de los Rectores, Catedráticos, etc. — Biografías del virrey Vertiz, Juan Baltasar Maziel, Vicente A. Juanzaras, Manuel de Basavilbaso, José Luis Chorroarín, Miguel O'Gorman, Cosme Argerich, Diego E. Zavaleta, Antonio Sáenz, Domingo V. Achega, Juan Crisóstomo Lafinur, Valentín Gómez, Pedro A. Sobrelera, Manuel Moreno, Felipe Senillosa, José Luis, Avelino Díaz, Juan F. Gil, Diego Alcorta, Octavio F. Mossotti, etc. Con numerosos documentos ilustrativos del texto.
1 vol. in-4, de 650 páginas .... $ 2 %

RAQUEL CAMAÑA: Pedagogía social.
Con una introducción de José B. Zubiaur.
Sumario: Datos biográficos. — Introducción. Humanismo, religión del porvenir. — Eugenismo y profilaxis social — Feminidad — Sobre educación — La educación sexual — La escuela hogar — Bases prácticas para la educación integral — Coeducación — Herencia sexual — Educación sexual de nuestros hijos — Educación integral — El examen oral — Verdades — Degeneración — Higiene psíquica — La educación y la guerra — Vivir educando — Mary O'Graham — Función social del egoísmo.
1 vol. in-16, de 232 páginas .... $ 1 %